

Editorial

Borges sabía que existe “la página de la que ninguna palabra puede ser alterada sin daño”, y, sin duda, el lector que se adentre en el presente número de *Inundación Castálida* encontrará ejemplos de esas páginas entre los escritores italianos y mexicanos que hemos reunido para celebrar a Filippo La Porta en ocasión de haber cumplido sus setenta años de vida, lo cual nos da pabulo para celebrar su trayectoria como intelectual, como singular *crítico militante*.

No sin daño, decimos, porque en las tres secciones principales ofrecemos traducciones: aproximaciones, interpretaciones a partir de un pensamiento –que es palabra– del autor. No un daño en su acepción de perjuicio propiamente dicho, dado que para esta ocasión contamos con traductores de probada confiabilidad, sino por esos insalvables resquicios que quedan al llevar la palabra de una lengua a otra aun cuando sean lenguas hermanas, como es el caso del italiano y del español: romances, hijas del latín. La página traducida –por continuar con Borges tomando como referencia de interpolación su noción de *página perfecta*– “es la más precaria de todas” no tanto por una posible “incapacidad de atraer [y de producir] una superstición del estilo” en su escritura original, sino porque en esos resquicios idiomáticos es donde tenemos oportunidad de dejar alojarse una forma del misterio que nos enlace en las ideas y en los sentires.

Todavía poco conocida en nuestro país, y para ello *Inundación Castálida* aporta su granito de arena, la obra de Filippo La Porta y la de la veintena de escritores italianos que lo acompañan, en cuanto contemporáneos en estos *hic et nunc* que compartimos, resultan no sólo entrañables por la calidez y la belleza de su escritura sino a la vez por considerarla *necesaria* para los lectores de nuestra revista, incluso para todo lector, cualquiera que sea su lengua, dispuestos a que no les sean otorgadas ciertas concesiones facilonas y puedan ir formándose en sí mismos un verdadero

sentido crítico y ponerlo en práctica –o ejercerlo, según se vea– en cada aspecto de la vida cotidiana, que nos atañe a todos, como diría La Porta. Y para aquel lector que ya tenga formado su sentido crítico, leerlos será una confirmación pero también una confrontación, tan sana para ejercitarse y mantenerse en forma.

Comenzamos a presentar nuestro número *in media res* por razones evidentes. Si bien pequeña para semejante vastedad entre prosa y verso, la mayoría primitivas en español, qué preciosa muestra de la literatura italiana actual hemos logrado gracias a los espléndidos oficios de nuestro amigo y colega Fabrizio Cossalter. En **Tinta en alas de papel**, nuestro *dossier*, así como en **Neptuno alegórico**, ofrecemos un conjunto de prosas audaces que dan cuenta de la fina capacidad de sus autores para lograr en perfiles que tienden a la brevedad una serie de juicios sustanciosos, generosos, pero además acuciosos en sus argumentos y sinceros en sus consideraciones sobre el tema o el autor del que les interesa escribir. La página perfecta según Borges no lo es sólo por la disposición de sus frases ni por su extensión, ni por sólo la elección de tales o cuales palabras, sino además y sobre todo por las ideas y el espíritu que animan un mecanismo de pensamiento volcado en palabra, de expresión escrita de conocimientos, experiencias y reflexiones, mecanismo para el cual ha de buscarse que sea eficaz más allá del mero acto de comunicación y de ciertos prejuicios y lugares comunes acerca de lo literario. En nuestros textos italianos encontramos realizadas magistralmente esas y otras cualidades.

Nos lo hace constatar nuestro homenajeado en los seis ensayos de su autoría que abren **Tinta en alas de papel**. A través de ellos podremos sumergirnos directamente en la manera de La Porta de *decir las cosas*, que es como un río: aguas dulces en movimiento, no siempre apacibles, de su sentir y de su pensar las cosas del mundo, de la vida, en su concreto fluir. Y eso

aunque –parafraseemos uno de sus títulos– no acabemos de entender este mundo ni ciertos individuos del mundo acaben de entendernos... pero hagamos el intento de ir con o contra las (otras) corrientes, según sea necesario, porque si espabilamos los sentidos y estamos dispuestos a ello saldremos con más de una perla –sí, también las hay de aguas dulces y no sólo de mar–, metáfora de lo raro, de lo admirable, de lo valioso. En efecto, y por si se prefiere una comparación menos abstracta que la metáfora de la perla y del agua dulce, los textos de La Porta, los que aquí ofrecemos, parecen sacados de *Los caracteres* de Teofrasto, lo cual, mirado con detenimiento, acaso no sea sino un modo de entender una literatura/vida desde lo nacional que trasciende fronteras y épocas: como un puñado de rasgos humanos transmutados en símbolos que nos representan a todos, a cada uno sin distinciones. Con suerte, el lector podrá toparse ahí con su sosias... ¿o el lector mismo como sosias de otro lector? Lo cierto es que La Porta es de suyo uno de los (escasos) *maestri irregolari* de nuestro presente, y dejamos al lector que descubra el significado de esto que decimos.

Pero ¿quiénes son los *maestri irregolari* de La Porta? Porque se infiere que él a su vez los tiene, y podremos saber de quiénes se trata mientras se describe a sí mismo en su “oficio de crítico y de averiguar sus razones” en uno de sus textos. En otro, atisbamos a un Filippo andando por las calles de su ciudad natal, cavilando sobre el “efecto ilusionista” que causa una Roma nada idílica pero innegablemente fascinante. De lo que ha escrito sobre otros escritores que le interesan, elegimos tres ensayos con los cuales también les rendimos honores, ya sea de natalicio o de fallecimiento, conmemorados el año pasado o en el año en curso: Roberto Calasso (1941-2021), Pier Paolo Pasolini (1922-1975) y Leonardo Sciascia (1921-1989). Tras confesar que en su juventud por ciertos resquemores solía comprar y leer a escondidas los libros publicados por la *chic Adelphi*, en su texto sobre Calasso reconoce que la *casa editrice* y el propio “Calasso en estos años han ‘inventado’ a su lector, ¡incluso antes de pactar con él!”. ¿Qué mejor elogio puede recibir una editorial cuando estamos padeciendo la extinción del *editor de oficio*, como se lamentan La Porta

y Domínguez Michael? Luego, La Porta rememora su encuentro con la obra y la persona de Pasolini, aquel ser que “amaba con un amor desgarrador” y que pese a anhelar ser un poeta por sobre cualquier cosa, “[t]odo en la obra pasoliniana es *ensayo*, ante todo, en la acepción etimológica de *assaggio* (muestra)”. Por cierto, en la sección **Concilio de luceros** también hemos incluido un poema del amado corsario. En su siguiente texto, La Porta aborda algunas características de la obra de Sciascia, a quien describe como un “ilustrado trágico” de sentimiento barroco contraponiéndolo “a la declarada asertividad de Pasolini”.

En el *dossier* acompañan los ensayos de La Porta tres más: el del mexicano Christopher Domínguez Michael y los de los italianos Nicola Fano y Piero Boitani. (A su vez, Domínguez Michael en su texto también habla de los maestros irregulares de La Porta.) Cada uno aplica pinceladas a un retrato en cuya configuración despunta no sólo el rico bagaje cultural de su retratado, su lucidez ante lo humano imparablemente desastrado, sino también un rasgo que tendríamos por consustancial en un intelectual, en un artista, en alguien culto, precisamente por ser intelectual o artista o culto, si no fuera porque es una lamentable carencia en no pocos y sí afortunada realidad en unos cuantos, como La Porta: valentía para ir deshaciéndose de ciertos atavismos ideológicos propios de su formación y de sus convicciones en determinada época de su vida –su filiación a la izquierda institucionalizada de su país–, señalando sin ambages errores y abusos por mor de mantenerse fiel al librepensamiento, guiado por el *buen desencanto* del que habla Magris, también convidado en esta celebración. Una pincelada más, la definitiva, es la de ocuparse del bien propio y del bien de los otros, una divisa de la obra de Dante Alighieri –de quien asimismo en 2021 conmemoramos su muerte hace setecientos años– que suele ser pasada por alto entre sus estudiosos pero que La Porta sostiene como columna de su pensar y de su hacer ahora que estamos social y políticamente más *disorganici*, más desorganizados que nunca. Lo ha confirmado Cossalter en su introducción, y lo dice por experiencia en su trato con La Porta: “La coherencia entre la persona y la obra es algo singular e insólito.” Y aun cuando la

laportiana “ética para el nuevo milenio” inspirada en Dante fuese o resultase en una utopía, pues que sea una *buena utopía* (Magris, de nuevo).

Sentido crítico: he ahí la voluntad y el espíritu en común que anima la obra de los escritores reunidos en nuestro número, y con el cual comulgamos. Unos desde el ensayo, otros desde la narrativa ficcional, otros desde la poesía, otros más desde el aforismo, y aun desde la nota a pie de página –y si de otros medios se trata, desde la fotografía, desde el cine, desde la música, desde la dramaturgia, desde la danza, desde las artes plásticas, desde cada una de las que llamamos “manifestaciones culturales”, incluida la ciencia–. El sentido crítico no habría de restringirse a un determinado género de expresión, parecen decirnos con su ejemplo, no a formas ni estilos predeterminados como de catálogo de modas y dictados de época: la *página perfecta* puede tener cualquiera de las formas que venga bien a su autor en ese momento... siempre que cumpla con ciertas características, tales las que un lector y editor tan férreo como Roberto Bazlen, uno de los fundadores de Adelphi –y amigo de Calasso–, consideraba una condición irrevocable.

A la cabeza de la sección **Neptuno alegórico**, Mario Andrea Rigoni (1948-2021), maestro irregular al que rendimos honores a un año de su fallecimiento, traza un autorretrato en el que nos delinea su predilección por el aforismo como vía de expresión, como forma que va acorde con su temperamento, no sólo por lo breve sino además porque en su “movimiento sincopado”, nervioso, encuentra “rapidez de concepción y rapidez de ejecución, que no excluye y no contradice el largo trabajo de lima.” Por su parte, Ariel González hace una elogiosa antesala a *Frammenti dell’età di mezzo*, libro recientemente publicado por Fabrizio Cossalter en Italia. Para celebrarlo, ofrecemos, traducidos por el propio autor, un haz de sus incisivos aforismos. Baste aquí un ejemplo como aperitivo: “Los hombres en carrera hacia la nada cultivan una excesiva nostalgia de sí mismos.” Con los *Murmullos* de Francesco Permunian –titulado originalmente en español en honor a Juan Rulfo–, incursionamos en la vertiente narrativa y poética del aforismo, fragmentos en espiral introspectiva de la memoria donde

“[v]oces insistentes y furtivas [...] llegan cuando menos te lo esperas. Y se van cuando más deseas su compañía, ay, el inabarcable murmullo de los muertos...”. Y para culminar con los aforismos, Luz de Lourdes García Ortiz nos entrega una nutrida selección de las “contribuciones aforísticas” de Roberto *Bobi* Bazlen (1902-1965), después de lo cual nos da noticia de ese inefable italiano que dedicó su vida a los libros pero que nunca publicó nada en vida. Por cierto, de Bobi recordamos con esta entrega los ciento veinte años de su nacimiento.

Luis Alberto Ayala Blanco continúa **Neptuno alegórico** presentándonos un comentario –también un género literario en sí mismo cuando se le exploran sus posibilidades para plasmar el pensamiento condensado en uno o unos cuantos fragmentos– sobre *Las bodas de Cadmo y Harmonía*, el asombroso libro de Calasso sobre una terrible fábula mitológica, escrito “a medio camino entre la narrativa y el ensayo”. Terrible porque “los dioses nos dejaron sus simulacros en la repetición de los mitos para combatir el aburrimiento y el desasosiego producidos por la conciencia de habitar un mundo donde ya no juegan más con nosotros.” Autor casi secreto, no obstante que ahí están sus publicaciones, es Gesualdo Bufalino (1920-1996), de quien rescatamos un melancólico relato de su libro *Calendas griegas*, titulado “Segundo bautismo”: iniciación sexual de un jovencito menor de edad en un día que no sabemos posible o imposible –véase si no el significado de la expresión “calendas griegas”– pero que al final, biográfico o ficcional, no importa: la experiencia es “recuperación de una comunión perdida con una carne distinta a la de él y sin embargo suya, una madriguera salvaje, temerosa y dulce”. Por su parte, Massimo Rizzante viene a darnos noticias de cierto extendido lugar enajenado del mundo. Invasado de estupor, entre recuerdos de conversaciones con Keith Botsford y Saul Bellow, de una estancia en Lisboa encerrado en su cuarto de hotel del Chiado hojeando revistas literarias del siglo pasado, la figura de Fernando Pessoa vuelta estatua y reducida a “sobrevivir como *décor*”, apela a no cesar en el esfuerzo por recuperar y preservar el misterio de lo sagrado que constituye la *gran literatura*, aquella que en un acto de locura y fe surge “de las catacumbas”.

En otro extremo del desencanto existencial, el de la “atormentada conciencia de una época de crisis, destinada a desembocar en las masacres anónimas y mecanizadas de la Primera Guerra Mundial” (Giacomo Debenedetti), con Renato Serra (1884-1915) hacemos un *examen de conciencia* en un texto que es diario y ensayo y narración y poesía al mismo tiempo, tan conmovedor como impactante: rítmico, de largo aliento en el fraseo de su escritura –inténtese leerlo en voz alta–, desgarrador en la vorágine que describe –la salida desde Cesena al campo de batalla de un tumultuoso grupo de jóvenes alistados en el ejército– pero compasivo ante personas y hechos, ante la ingenuidad y el recelo, y, sobre todo: ante el horror de la guerra.

Con Claudio Magris recordamos a Ludwig Wittgenstein (1889-1951) por sus setenta años de fallecimiento, conmemorados el año pasado, en un fragmento de *El Danubio*, donde nos lleva precisamente a la casa en la Kundmannngasse 19, en Viena. Preguntándose si en la geometría de esa extraña construcción de “estilo modernista” se halla un atisbo de su filosofía, intuye que construirla según su propio diseño bien puede ser “la prueba de la imposibilidad de una verdadera casa, de aquello que antaño se denominó *hogar*.” En entrevista ofrecida por Daniel Rodríguez Barrón, por otra parte, Magris habla sobre algunas de sus preocupaciones en un mundo dado a lo absurdo y sin remedio existencialmente desencantado. Si para él un elemento clave de la vida en común es la “política con ética” –algo que toca puntos similares con La Porta–, la virtud por resguardar y cultivar que más le interesa para la vida en común “es justamente *el sentido del respeto*, que es la base y la premisa de todas las demás virtudes.”

Un escritor más que hemos hecho acompañarnos para nuestro número –y cuando decimos “hemos hecho acompañarnos” nos referimos a que ya no están materialmente vivos entre nosotros pero sí a través de su obra– es Antonio Tabucchi (1943-2012), de quien en marzo de este año se cumplieron diez años de su fallecimiento, y aquí lo honramos. La presencia de los personajes de la *Odisea* y de la *Iliada* atraviesa muchos de los textos de nuestros escritores italianos, pero es en una invención de Tabucchi que ofrecemos

de su libro *Los volátiles del Beato Angélico* donde explícitamente encontramos a dos de ellos como protagonistas de *un después*: Calipso y Ulises, tras muchos años de los sucesos cantados por Homero. Es una amorosa pero doliente reflexión sobre el tiempo y la caducidad de la vida para los mortales y la condena de la eternidad divina. Exclama Calipso: “¡Ah, Ulises, poder escapar de este verde perenne! [...] Saberme mortal. Envidio tu vejez, y la deseo”. Por otra parte, en una invención de Alessandro Baricco tomada de su libro *Homero, Iliada* nos afligimos en el dolor de otro amor: el de Andrómaca por Héctor, caído en una muerte deshonrosa a manos de Aquiles, el de la implacable saña. De labios de la viuda nos enteramos, cual relato de testigo, de eso ocurrido en el momento mismo del enfrentamiento entre Héctor y Aquiles que no canta Homero. Leemos, como si escucháramos desde la espesa penumbra: “Bajo las negras naves, ahora mismo, eres presa de los gusanos y tu cuerpo desnudo, que yo tanto amaba, sirve como pasto a los perros”...

Cierran **Neptuno alegórico** dos italianos que escriben acerca de la poesía italiana de hoy. Todavía resonando en nuestros corazones los tristes lamentos de Calipso y Andrómaca, leemos de Paolo Febbraro que la poesía “[i]ntensifica el dolor, pero disminuye el sufrimiento.” Es decir, más allá de cambios lingüísticos y de que nada nuevo exista ya bajo el sol –lo más elevado y lo más bajo de la condición humana, ay, en tiempos violentos– tras largos siglos de existencia (“senilidad histórica”), la poesía es “condición mental para la creación”, “musical humanidad”, de manera que mientras los seres humanos no nos extingamos y logremos preservar ese algo de lo valioso que nos hace humanos, en latín, en italiano, en español, en cualquier lengua seguiremos contando con la poesía. Por lo pronto, hoy descubrimos a una generación de jóvenes poetas italianas que siguen bregando –lo mismo ocurre en tantos países– por hacerse de un lugar donde sin cortapisas ser leídas, donde ser escuchadas en ese *algo suyo que decir* y que contra todo obstáculo lo profieren a los otros. Stefano Strazzabosco da cuenta de las que podemos llamar poéticas de “las experiencias individuales vueltas colectivas” –con las debidas reservas y sólo para describir las consideraciones de

Strazzabosco, pues no es nuestra intención añadir etiquetas a las que ya llegan a asfixiarnos—; poéticas que en estos ya bien entrados años del siglo XXI titilan por su vitalidad, por un genuino deseo de recuperar las perlas de la poesía y de los poetas que nos anteceden y ensartarlas a lo propio “como un acto de plena libertad hacia el lenguaje”, es decir, los recursos tradicionales son una opción y no una obligación, lo mismo que el recurso a las innovaciones o a las experimentaciones. Es importante subrayar algo: algunas de las poetas seleccionadas por Strazzabosco escriben en sus respectivos dialectos, apenas unos cuantos de la amplia diversidad de idiomas y dialectos que se hablan cotidianamente en Italia. Es semejante el esfuerzo que se hace en México por reconocer la poesía actual escrita en lenguas que no son el español: náhuatl, tzotzil, etcétera.

Los elementos que puntualiza Strazzabosco en sus notas dan contexto y añaden atractivo a la poesía de Elisa Biagini, Roberta Dapunt, Saragei Antonini, Azzurra D’Agostino, Mariagiorgia Ulbar, Giulia Rusconi y Damiana De Gennaro, de quienes ofrecemos una pequeña perla de su trabajo poético en **Concilio de luceros**. Estamos seguros de que nuestra Sor Juana estaría más que complacida de verse acompañada en sus lides por tan valerosas jóvenes, y ya la imaginamos dándoles la bienvenida con un *panamá* y una *letra*, tipos de bailes a la usanza virreinal, en las que evoca a la Italia misma. De talante distinto pero sin duda con profundos vasos comunicantes con los poemas que le preceden, sobre todo en lo que respecta a la agudeza de aquel sentido crítico del que hemos venido hablando a lo largo de nuestra presentación, ofrecemos como cierre de la sección de poesía “Versos de testamento” de Pasolini. De este modo, como una serpiente que se muerde la cola trazando el símbolo de lo eterno, reconocemos la belleza formal, la fuerza de las ideas y la comprensión de la existencia que se halla en la literatura italiana y su presencia en este lado del mundo.

Para concluir nuestra revista, en **Diversa de sí misma**, sección miscelánea, rendimos sentidos homenajes a tres emblemáticos de las letras, la fotografía y el cine recientemente fallecidos. Ernesto Herrera

destaca que además de ser uno de los mayores poetas en el ámbito en lengua española y delicado traductor, Eduardo Lizalde fue también un ensayista ejemplar. Entre los temas abordados por El Tigre se encuentra precisamente uno que lo enlaza con La Porta: la adscripción a la izquierda, en el caso de nuestro poeta, a la izquierda mexicana, en particular sus (desencantadas) reflexiones críticas a raíz de los movimientos del 68 que tuvieron lugar en varios países, además de México e Italia, y que son una de las marcas más profundas de la historia del siglo XX. Cuánta similitud entre ambos *críticos militantes* —incluso con Pasolini y Magris— encontramos en las siguientes afirmaciones de Lizalde: “Al pueblo hay que explicarle cómo unirse, y eso no se hace en un día; hay que explicarle y enseñarle cómo organizarse, y eso no se hace en diez años. Y para explicarle eso al pueblo hay que estar organizado uno mismo. Y no estamos organizados”... Por su parte, J.M. Servín hace un retrato hablado —término del que no podemos evitar sus proyecciones criminalísticas— del maestro Enrique Metinides, el insólito niño mirón de la tragicomedia urbana, el fotógrafo esteta de la nota roja de la hoy Ciudad de México. Géneros de visos siniestros, la crónica y la fotografía de nota roja desde la cámara de Metinides nos hacen “conscientes de la fragilidad de nuestras vidas, de su absurdo, confrontándonos con la posibilidad sorteada de ser objeto de atención del relato periodístico”. Acerca del arte cinematográfico de Jean-Luc Godard, Pedro Paunero, tras hacer una revisión comparativa de algunas de las producciones más conocidas del director francés, cifra sus preferencias cuando encuentra esa pasión tan *sui generis* de Godard pero que no siempre imprimía en sus películas: “[e]l fenómeno Godard —el enigma de su genio— nos resulta, después de todo, en una cuestión de gustos. Su cine, como todo cine, como todo arte —como todo en la vida—, es una cuestión personal.”

Y, finalmente: “vas al campo vestida de blanco a festejar a la Nada, desafiando oscuros.” Son palabras con las que Braulio Peralta acompaña la muestra de imágenes en blanco y negro que nos ofrece Minerva Arreola en **De la tierra nacida sombra**, nuestra sección de fotografía. ●